

Alfonsina Storni

Ocre



GENIO MALIGNO

ALFONSINA STORNI

Ocre

GENIO MALIGNO

Ocre, de Alfonsina Storni.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1938. Dominio público en Argentina desde el 1/1/2009.

Texto tomado de Wikisource en español: <https://es.wikisource.org/wiki/Ocre>. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Humildad

Yo he sido aquella que paseó orgullosa
El oro falso de unas cuantas rimas
Sobre su espalda, y se creyó gloriosa,
De cosechas opimas.

Ten paciencia, mujer que eres oscura:
Algún día, la Forma Destructora
Que todo lo devora,
Borraré mi figura.

Se bajará a mis libros, ya amarillos,
Y alzándola en sus dedos los carrillos
Ligeramente inflados, con un modo
De gran señor a quién lo aburre todo,
De un cansado soplido
Me aventará al olvido.

Soy

Soy suave y triste si idolatro, puedo
Bajar el cielo hasta mi mano cuando
El alma de otro al alma mía enredo.
Plumón alguno no hallarás más blando.

Ninguna como yo las manos besa,
Ni se acurruca tanto en un ensueño,
Ni cupo en otro cuerpo, así pequeño,
Un alma humana de mayor terneza.

Muero sobre los ojos, si los siento
Como pájaros vivos, un momento,
Aletear bajo mis dedos blancos.

Sé la frase que encanta y que comprende,
Y sé callar cuando la luna asciende
Enorme y roja sobre los barrancos.

Palabras a mi madre

No las grandes verdades yo te pregunto, que,
No las contestarías; solamente investigo
Si, cuando me gestaste, fué la luna testigo,
Por los oscuros patios en flor, paseándose.

Y si, cuando, en tu seno de fervores latinos,
Yo escuchando dormía, un ronco mar sonoro
Te adormeció las noches, y miraste, en el oro
Del crepúsculo, hundirse los pájaros marinos.

Porque mi alma es toda fantástica, viajera,
Y la envuelve una nube de locura ligera
Cuando la luna nueva sube al cielo azulino.

Y gusta, si el mar abre sus fuertes pebeteros,
Arrullada en un claro cantar de marineros
Mirar las grandes aves que pasan sin destino.

Cuando llegué a la vida...

Vela sobre mi vida, mi amor inmenso:

Cuando llegué a la vida yo traía en suspenso,

En el alma y la carne, la locura enemiga,

El capricho elegante y el deseo que hostiga.

Me encantaban los viajes por las almas humanas,

La luz, los extranjeros, las abejas livianas,

El ocio, las palabras que inician el idilio,

Los cuerpos armoniosos, los versos de Virgilio.

Cuando sobre tu pecho mi alma fué apaciguada,

Y la dulce criatura, tuya y mía, deseada,

Yo puse entre tus manos toda mi fantasía

Y te dije humillada por estos pensamientos:

—¡Vigíame los ojos! Cuando cambian los vientos

El alma femenina se trastorna y varía...

Canción de la novia

En el corredor fresco, que los valles domina,
A pequeñas puntadas coso la blanca tela;
De vez en cuando miro la paloma que vuela
Y el insecto de oro en la tenue cortina.

Se me acercan, descalzos, deliciosos chiquillos,
Y en su nariz pequeña, de transparente cera,
Mi dedal se introduce. Reímos. Uno espera
A mi lado con una canasta de membrillos.

Grandes cactus sedientos sobre arenas doradas,
Y cigarras sonoras, y piedras calcinadas,
Se asoman a mis largas siestas, sin que concluya

Este lento desfile de puntos por mis manos.
Y a ratos, en el aire que impregnan los manzanos,
Van y vienen dos frases: Eres mía. Soy tuya.

Tú que nunca serás

Sábado fué y capricho el beso dado,
Capricho de varón, audaz y fino,
Mas fué dulce el capricho masculino
A este mi corazón, lobezno alado.

No es que crea, no creo, si inclinado
Sobre mis manos te sentí divino
Y me embriagué, comprendo que este vino
No es para mí, mas juego y rueda el dado...

Yo soy ya la mujer que vive alerta,
Tú el tremendo varón que se despierta
Y es un torrente que se ensancha en río

Y más se encrespa mientras corre y poda.
Ah, me resisto, mas me tienes toda,
Tú, que nunca serás del todo mío.

Respuesta de la marquesa a las estancias de Corneille

RESPUESTA DE LA MARQUESA A LAS ESTANCIAS DE CORNEILLE

Me decís, gran talento, en palabras de mofa,
Con una voz galante y perversa, que, un día,
Mis líneas seductoras, mi desdén de vacía,
Pasarán... si no quedan en vuestra bella estrofa.

Un ligero despecho orgullo refleja
Vuestra finta a esta vana marquesita elegante
Y, a cambio de la estrofa, inmortal, que me cante,
Me proponéis un beso a vuestra boca vieja.

¿Tenéis una fé ciega en la vida del verso?
Yo medito en que el Todo será un día disperso..
Oh, dejadme que mire distraída esa rosa;
Soy mujer ante todo, del presente me encanto.

Perdonadme, poeta, si a vuestro grave canto
Prefiero el beso joven de una boca jugosa.

Las grandes mujeres

En las grandes mujeres reposó el universo.

Las consumió el amor, como el fuego al estaño,

A unas; reinas, otras, sangraron su rebaño.

Beatriz y Lady Macbeth tienen genio diverso.

De algunas, en el mármol, queda el seno perverso.

Brillan las grandes madres de los grandes de antaño.

Y es la carne perfecta, dadivosa del daño.

Y son las exaltadas que entretejen el verso.

De los libros las tomo como de un escenario

Fastuoso — ¿Las envidias, corazón mercenario?

Son gloriosas y grandes, y eres nada, te arguyo.

—Ay, rastreando en sus almas, como en selva las lobas,

A mirarlas de cerca me bajé a sus alcobas

Y oí un bostezo enorme que se parece al tuyo.

De mi padre se cuenta

De mi padre se cuenta que de caza partía,
Cuando rayaba el alba, seguido de su galgo,
Y en el largo camino, por divertirse en algo,
Lo miraba a los ojos, y su perro gemía.

Que andaba por las selvas buscando una serpiente
Procaz, y al encontrarla, sobre la cola erguida,
Al asalto dispuesta, de un balazo insolente
Se gozaba en dejarle la cabeza partida.

Que por días enteros, vagabundo y huraño,
No volvía a la casa, y, como un hermitaño,
Se alimentaba de aves, dormía sobre el suelo.

Y sólo cuando el Zonda, grandes masas ardientes
De arenas y de insectos, levanta en los calientes
Desiertos sanjuaninos cantaba bajo el cielo.

Duerme tranquilo

Dijiste la palabra que enamora
A mis oídos. Ya olvidaste. Bueno.
Duerme tranquilo. Debe estar sereno
Y hermoso el rostro tuyo a toda hora.

Cuando encanta la boca seductora
Debe ser fresca, su decir ameno;
Para tu oficio de amador no es bueno
El rostro ardido del que mucho llora.

Te reclaman destinos más gloriosos
Que el de llevar, entre los negros pozos
De las ojeras, la mirada en duelo.

¡Cubre de bellas víctimas el suelo!
Más daño al mundo hizo la espada fátua
De algún bárbaro rey. Y tiene estatua.

La vía láctea

Blanco polen de mundos, dulce leche del cielo,
¡Quién fuera una gigante mariposa divina
Para hundir la cabeza en aquella tu harina
Impalpable y libarte como a cosa del suelo!

Ya de nuevo en los ojos quema la primavera,
Mas mi pasión humana yace, roto el peciolo,
Y agotada mi alma está el mundo tan solo
Que camino y retumban mis pasos en la esfera.

Y en las noches nevadas, cuando a pesar de quietos
Siento moverse arriba los blancos esqueletos
De las estrellas muertas, me acomete como uno

Deseo de los cielos, y no sé qué ofreciera
Por que sobre mi frente miserable cayera
Una gota tan solo de la leche de Juno.

Fiesta

Junto a la playa, núbiles criaturas,
Dulces y bellas, danzan, las cinturas
Abandonadas en el brazo amigo.
Y las estrellas sirven de testigo.

Visten de azul, de blanco, plata, verde...
Y la mano pequeña, que se pierde
Entre la grande, espera. Y la fingida,
Vaga frase amorosa, ya es creída.

Hay quién dice feliz: — La vida es bella.
Hay quién tiende su mano hacia una estrella
Y la espera con dulce arrobamiento.

Yo me vuelvo de espaldas. Desde un quiosco
Contemplo el mar lejano, negro y fosco,
Irónica la boca. Ruge el viento.

Indolencia

A pesar de mí misma te amo; eres tan vano
Como hermoso, y me dice, vigilante, el orgullo:
"¿Para ésto clegías? Gusto bajo es el tuyo;
No te vendas a nada, ni a un perfil de romano".

Y me dicta el deseo, tenebroso y pagano,
De abrirte un ancho tajo por donde tu murmullo
Vital fuera colando... Sólo muerto mi arrullo
Más dulce te envolviera, buscando boca y mano.

—¿Salomé rediviva?—Son más pobres mis gestos.
Ya para cosas trágicas malos tiempos son estos.
Yo soy la que incompleta vive siempre su vida

Pues no pierde su línea por una fiesta griega
Y al acaso indeciso, ondulante, se pliega
Con los ojos lejanos y el alma distraída.

Un recuerdo

Recuerdo el dulce tiempo de sierras cordobesas
Pasado con el alma sin un solo deseo,
Vagando entre las matas de menta y de poleo,
Los cielos deslumbrantes, los días sin sorpresas.
¡Oh, el poblado espinillo de voluptuoso olor!
De noche, en las hamacas, los grupos familiares
Mirábamos los gruesos racimos estelares.
Sonaba, adentro, un tango y se hablaba de amor,
Erámos todos jóvenes, y muchos eran bellos.
Las sierras simulaban jorobas de camellos,
Y a su vera, del brazo, por la senda oportuna
Volvíamos, cantando, en una sola hilera,
Al caer de las tardes. Y era la primavera.
Y se asomaba a vernos el disco de la luna.

Camino a los paredones

En la greda reseca ni una sola gramilla.
A un lado el alto nudo de las sierras y enfrente
Otro muro de piedra, oxidada y caliente.
Y el cielo casi verde. Y la tierra amarilla.

El espino. Palmeras negras, chicas, quemadas,
Sobre el plano arenoso. No hay aves. Un profundo
Silencio. En las laderas grandes piedras echadas.
Y algo del primitivo cataclismo del mundo.

En el largo crepúsculo de las tardes serranas
Aquellos bultos pétreos toman formas humanas
Y animales: un indio, una lanza, algún potro.

Y los nervios tirantes, los ojos y el oído,
Miedosamente esperan ver, de un momento a otro,
Levantarse las piedras, volar el alarido.

Odio

Conozco tu secreto, cuerpo mío: tuviste
Una imagen latente en tu rojo ramaje:
Detrás de las pupilas, entre la carne triste,
La imagen realizaba su callado tatuaje:

Te penetró en el pecho con tan viva agudeza,
Que el corazón de cera, celoso de llevarla,
Para mejor ceñirla, para mejor guardarla,
Llegó a tomar la forma de la amada cabeza.

Si ya el amor es odio, y vergüenza, y despecho,
A riesgo de morirte, la arrancarás del pecho
Como Sansón, un día, volteara los pilares.

Y si quedaran rastros de sus dos ojos bellos
Te vaciarás los vasos sanguíneos y por ellos
Harás correr el agua salada de los mares.

Cara copiada

Es la cara de un niño transparente, azulosa,
Como si entre los músculos y la piel de la cara
Una napa de leche lentamente rodara.
En ella solamente la boca es una rosa.

Y detrás de ese cutis de lavada azucena
Otra cara se esconde, fuertemente esculpida;
Es aquella del hombre que le ha dado la vida
Y se mueve en sus rasgos y los gestos le ordena:

Mira con inocencia y es dura su mirada.
Su sonrisa es tranquila y en el fondo es taimada:
Hay huellas en la fresca ternura de su pulpa.

Ya en la boca se pinta la blandura redonda
Que dan los besos largos y en su nariz la honda
Codicia de la especie. ¡Y carece de culpa!

Olvido

Lidia Rosa: hoy es martes y hace frío. En tu casa,
De pieora gris, tu duermes tu sueño en un costado
De la ciudad. ¿Aún guardas tu pecho enamorado,
Ya que de amor moriste? Te diré lo que pasa:

El hombre que adorabas, de grises ojos crueles,
En la tarde de otoño fuma su cigarrillo.
Detrás de los cristales mira el cielo amarillo
Y la calle en que vuelan desteñidos papeles.

Toma un libro, se acerca a la apagada estufa,
En el toma corriente al sentarse la enchufa
Y sólo se oye un ruido de papel desgarrado.

Las cinco. Tú caías a esta hora en su pecho,
Y acaso te recuerda... Pero su blando lecho
Ya tiene el hueco tibio de otro cuerpo rosado.

Encuentro

Lo encontré en una esquina de la calle Florida
Más pálido que nunca, distraído como antes.
Dos largos años hubo poseído mi vida...
Lo miré sin sorpresa, jugando con mis guantes.

Y una pregunta mía, estúpida, ligera,
De un reproche tranquilo llenó sus transparentes
Ojos, ya que le dije de liviana manera:
—¿Por qué tienes ahora amarillos los dientes?

Me abandonó. De prisa le vi cruzar la calle
Y con su manga oscura rozar el blanco talle
De alguna vagabunda que andaba por la vía.

Perseguí por un rato su sombrero que huía...
Después fué, ya lejano, una mancha de herrumbre.
Y lo engulló de nuevo la espesa muchedumbre.

Ternura

GABRIELA MISTRAL

TERNURA

Canciones

de niños

~

Rondas

Canciones de la tierra

Estaciones religiosas

Otras canciones

Canciones

De

Cuna

* * *

* * *

MADRID ~ MCMXXIV

EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA"

A Graciela

* * *

ÍNDICE

Capricho

¿Con quién me has confundido, ob precoz primavera
De mi año treinta y uno? ¿Con un tronco rosado?
¿Porque has visto mi cuerpo en el campo parado
Creíste que era un árbol o alguna enredadera?

Confundiste mis ojos con dos flores de cardo?
¿Mis cabellos con una dorada pelusilla?
¿Con un fruto ligero mi apagada mejilla,
Y mi Côty con una emanación de nardo?

Pues como si raíces me fueran los talones,
Tu savia de septiembre me sube a borbotones
Y me inunda las venas de lenguajes diversos.

Y planta humana al cabo, por el abierto poro
De la piel sonrosada, en guirnalda de oro,
Se escapan y me cubren los alocados versos.

El parque

En el aire reseco, flota miel diluída,
De los árboles bajan zumos de primavera,
La sangre de los troncos su subida acelera.
La abeja soberana va a quitar una vida.

Por el urbano parque de rojizos senderos,
Afeitadas gramillas y artificiales fuentes,
Paseo. Las estatuas tienen tristes las frentes,
Pero a sus pies las flores saltan de los canteros.

Bosquecillos de acacias, puestos de trecho en trecho,
Calan el horizonte, al dibujo sensible.
Zumba un oro ligero, mas sin cuerpo visible.
Hay arriba un zafiro ahuecado por techo.

En el verdoso lago, donde el pétalo ambula,
Señoriales, los cisnes, enarcados, navegan;
Finas columnas blancas se reflejan y juegan
A encontrarse en el agua, que las tuerce y ondula.

Como hace miles de años flota un áspero aliento
De mediodía, y bajo mi planta destructora
La gramilla aplastada no se duele ni llora;
Pugna por levantarse sobre el brazo del viento.

Como hace miles de años sube de las corolas
Un venenoso, dulce y profundo llamado:
Paréceme que algo va a serme revelado.
Retrocedo en el tiempo. Quemán las amapolas.

¿Dónde he visto estos cisnes, esta hiedra, hace mucho?
¿Estas blancas columnas y este sol deslumbrante?
No tenía estas ropas grises de caminante:
Yo nadaba en un lago y escuché lo que escucho.

Una nota asustada, suelta mi pecho magro.
¿Siento mi voz acaso como por vez primera?...
Ah, el corazón disuelto de tanta primavera
Está fuera del tiempo y anticipa un milagro.

Está fuera del tiempo, porque vuelvo la vista
Al tupido bosque de espinosas retamas
Y presiento que acechan las pupilas en llamas
De algún sátiro joven que al asalto se alista,

Va la tierra a prensarse bajo el casco de uña,
Y a su grito salvaje, verá alzarse las aves
De sus nidos ocultos, y los céspedes suaves
Encogerse al amago de la dura pezuña.

Algo de otras edades, de una extraña grandeza,
Sorprenderá a los cisnes blancos del siglo XX,
Sonreirán las bocas de mármol de la fuente
Al amor desusado de una fiera simpleza.

Por mirar cómo escapan las mujeres rosadas,
Las mujeres de piedra darán vuelta sus bustos,
Y en la sombra discreta de los negros arbustos
Habrá una fuga fina de blancas carcajadas.

Pero es grave el contraste: bajo mis ojos cae
Saliendo del bosque, una cara pulida:
Es de mi siglo: un joven; por la boca sin vida
Pasa un cansancio lento que a lo real me trae.

Hacia mí se encamina con un paso que ondula,
Su piel amarillenta le da una muerta gracia,
Ojeras prematuras sellan su aristocracia;
Pasa a mi lado, mira, me pesa y me calcula...

Galantería fácil, frase de primavera,
Irrumpe de su boca, tenue mancha lavada;
Miro sus manos pulcras y su barba afeitada,
Y se anima en sus ojos una llama ligera.

... Pero se aleja a paso reposado y tranquilo,
Algún cisne lo mira sin sorpresa en el lago,
Sigue cantando el ave su canto fino y vago,
La araña no ha cesado de tejer con su hilo.

El sol, sobre su cuerpo, cobra la indiferencia
De un filósofo triste que contemplara escombros;
Cada vez más se alejan los rellenados hombros
Y a su paso las cosas se cargan de paciencia.

No han girado sus bustos las mujeres de piedra;
Sigue el agua goteando con idéntico canto;
En el bosque no hay risas ni carreras de espanto;
Mana un negro silencio, y está quieta la hiedra...

Allá lejos se pierde la figura del hombre;
Recuerdo su mirada, turbia y domesticada.
¡Oh suspicaz, moderna y pequeña mirada,
El corazón me llenas de una angustia sin nombre!

Dolor

Quisiera esta tarde divina de octubre
Pasear por la orilla lejana del mar;
Que la arena de oro, y las aguas verdes,
Y los cielos puros me vieran pasar.
Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,
Como una romana, para concordar
Con las grandes olas, y las rocas muertas
Y las anchas playas que ciñen el mar.
Con el paso lento, y los ojos fríos
Y la boca muda, dejarme llevar;
Ver cómo se rompen las olas azules
Contra los granitos y no parpadear;
Ver cómo las aves rapaces se comen
Los peces pequeños y no despertar;

Pensar que pudieran las frágiles barcas
Hundirse en las aguas y no suspirar;
Ver que se adelanta, la garganta al aire,
El hombre más bello; no desear amar...
Perder la mirada, distraídamente,
Perderla, y que nunca la vuelva a encontrar;
Y, figura erguida, entre cielo y playa,
Sentirme el olvido perenne del mar.

Naturaleza mía

Naturaleza mía, la que fuera
Como pesada abeja en primavera,
Ociosa y hecha para siestas de oro,
Voraz, aletargable, mudadera.

Bajo las tardes cálidas, dormida
De amor, ya el nuevo amor te daba brida.
Y tu arrastrabas un pesado cuerpo,
Pesado por el zumo de la vida.

¿Qué hice de tí? Para enfrenar tus males
Sobre tus formas apreté sayales,
Y en flagelarte puse empeño tanto
Que hoy filosofas junto a los rosales.

Disminuída, atáxica, robada,
En tu pura pureza violada,
Miras te baten palmas los sensatos
Con tu ya blanca y última mirada.

Índice

Humildad	4
Soy	5
Palabras a mi madre	6
Cuando llegué a la vida...	7
Canción de la novia	8
Tú que nunca serás	9
Respuesta de la marquesa a las estancias de Corneille	10
Las grandes mujeres	12
De mi padre se cuenta	13
Duerme tranquilo	14
La vía láctea	15
Fiesta	16
Indolencia	17
Un recuerdo	18
Camino a los paredones	19
Odio	20
Cara copiada	21
Olvido	22
Encuentro	23
Ternura	24
Capricho	26
El parque	27

Dolor	31
Naturaleza mía	33